

rechos individuales é ilegislables, era la honra. El Rey era señor de vidas y haciendas. Podía matar y podía confiscar. En lo temporal la Majestad humana era omnipotente, como en lo eterno la Majestad divina; pero la honra se sustraía á su pleno poder. Como dice el poeta español, espejo de su siglo, el poeta español por excelencia entonces, la honra

Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios.

De la misma suerte, en lo especulativo, en la esfera del pensamiento, por cima del discurso, del raciocinio y de otras facultades, hay una potencia sublime, intuitiva, la inteligencia simple, que, movida por el entusiasmo y alzándose en alas del amor, busca en el alma misma, donde hay campos sin término en que explayarse, lugar sacratísimo en que ser libre y soberana. Allí, en el centro del alma, adecuado y único trono de esa elevadísima potencia suya, asiste Dios, y allí el alma le halla, y, por inefable misterio, se transforma en Dios, sin dejar de ser el alma individual humana. Los espíritus libres de los españoles de aquella edad, huyendo de la compresión, tal vez sin darse cuenta, buscaban este refugio. Tal vez la misma compresión en que gemían les prestaba más fuerza, más alcance y más certera dirección para penetrar y ahondar en los abismos de la mente, como la bala

que, mientras más forzada está dentro del tubo de hierro que la oprime, sale más rectamente disparada, y va más lejos, no bien la pólvora se inflama, dilata el aire y la empuja. Por esto, la primera calidad que distingue al misticismo español es la de ser más intenso y penetrante que los otros. Vuela y ahonda más, y se extravía menos. Se diría que toda la serena claridad del espíritu se guarda para él. Como hábiles acróbatas que fuesen por cuerda sutil, extendida sobre precipicios espantosos, así van nuestros místicos, llenos de confianza y denuedo, á buscar á Dios, á unirse con él, á poseerle y á ponerle en todo lo creado, sin caer en el panteísmo *egoteista* ó subjetivo, y sin quitar á Dios la personalidad, endiosando la Naturaleza. La realidad del universo, la responsabilidad de nuestros actos, nuestro ser individual, nuestro libre albedrío, todo queda á salvo, hasta en los momentos de más íntima unión del Criador y de la criatura. Nuestros grandes místicos jamás tienen el egoísmo negativo é inerte de los de otros países, en quienes el alma se aniquila, se pierde en la infinita esencia, y, absorbida en el Ser, en el Ser se reposa y aquietta como en la Nada. En nuestros grandes místicos, sólo en un instante inapreciable puede haber aparente aniquilamiento, completa efusión de lo finito en lo infinito. El metal en la fragua parece fuego, y no metal; pero sale de allí mejor templado y con

propiedades de instrumento idóneo para mil operaciones útiles. Así también el alma de nuestros místicos sale de su unión con Dios más hábil é idónea para la vida activa. Y no se enfría como la herramienta cuando sale de la fragua, sino que guarda en sí aquel fuego de amor divino, y en todo le pone. Dios no la abandona. El alma sigue llena toda de Dios, después que una vez le ha poseído, y le lleva y le siente en su centro, y le siente además en todos los seres, así semejantes suyos como no semejantes, animados é inanimados. Y este fuego, que saca el alma y que no pierde, es fuego de caridad, es el amor por amor de Dios, que vence en violencia y en útil actividad á todo otro amor de fundamento profano. Sin creer el alma que todo es Dios, cree que todo está en Dios, y que Dios está en todo, y lo respeta y lo ama todo, y aun en cierta manera lo adora como divino. Nada hay feo, ni deforme, ni inmundado. El sentimiento de la presencia divina hermosea la fealdad y limpia la material impureza, prestándoles aquella expresión que Murillo y Zurbarán sabían dar á sus frailes más rotos, sucios y demacrados.

En lo práctico de la vida se refleja este misticismo generoso, y produce maravillosas obras. Así nuestros misioneros y fundadores, entre los que descuellan Juan de Dios, Antonio de Padua, José de Calasanz, Iñigo de Loyola y Francisco Javier,

apostol de Oriente. Estos hombres, que la Iglesia pone en el número de los santos, y la más descreída filosofía no puede menos de contar entre los más ilustres bienhechores del humano linaje, no van sólo á difundir por el mundo la fe cristiana y á enseñar la religión á las gentes, sino á enseñarles también todas las artes, toda la superior civilización de los pueblos de Europa. Y en tan gigantesco propósito, que tanto ha influido en el progreso de la humanidad, divulgando nuestro saber entre los pueblos bárbaros y salvajes, y trayendo de ellos á Europa cumplida noticia de sus lenguas, ideas, costumbres, usos y leyes, nadie se ha señalado más que la Compañía de Jesús, creación del genio español, y una de sus mayores glorias. Los que yo juzgo extravíos de la Compañía, su guerra declarada al espíritu del siglo, y su lastimosa alianza con los hombres del régimen absoluto, que tan tiránico y feroz fué contra ella en el siglo pasado, no han de impedirnos que en su empezar la ensalcemos. Para ponderar sus pacíficas y civilizadoras conquistas, que, aun en vida de su fundador, llegan á los últimos términos de la tierra, no hay en la historia real encarecimiento que satisfaga, y tenemos que apelar, á fin de hallarle, á la fábula vetustísima de la expedición triunfante y benéfica de Osiris.

Fundamento de todo ello fué el misticismo es-

pañol, tan penetrante y tan hondo, y del cual sale el alma muy inflamada de caridad, y muy apta y alerta para las luchas de la vida. Y no se entienda que, sólo al llegar el alma á la perfección que anhela, pasa de la contemplación á la actividad y es útil al prójimo. Antes al contrario, durante toda su peregrinación, la actividad exterior es necesaria, y en esto se distingue la mística ortodoxa de otros misticismos que requieren ó recomiendan la inercia. Es cierto que entre la vida activa y la contemplativa, Cristo prefirió la contemplativa, diciendo que *María escogió la mejor parte*; pero al decir *la mejor parte*, dió á entender que la vida consta de pensamiento y de acción, y así la vida mixta, que abraza lo más perfecto que hay en la acción y en la contemplación, es la que nuestros autores ponen por cima de las otras, sosteniendo que la contemplación no llegará nunca á ser perfecta si el amor de Dios que en ella se emplea y ejercita no se difunde también en utilidad de nuestros semejantes. De aquí que, para distinguir la contemplación de buen espíritu de la falsa ó de espíritu malo, haya una regla general infalible, dada por el divino Maestro: *Por los frutos se conocen los árboles donde nacen*. La piedra de toque, pues, que sirve de contraste y aquilata la bondad de la vida contemplativa, está en las obras. Y no ya en la mera contemplación, pero ni en los grados más altos de este

ascenso del alma hacia el Ser divino, la actividad y las obras se perdonan; antes, mientras más señalados son los dones del cielo, hasta cuando se descorre el velo de la fe y viene á haber como un rompimiento de los muros de esta cárcel en que vivimos, y el alma ve cara á cara al bien infinito y se une á él con abrazo indisoluble, no es para que se aquiete y descanse en tanto regalo, sino para que tome fuerzas y prodigue en bien del prójimo todas las virtudes, sin lo cual el alma, á pesar de los favores recibidos, quedaría desmedrada y con corto merecimiento, y por lo mismo que ya ha recibido favores, sería, con justicia, tildada de ingrata.

Por otra parte, la contemplación, la visión intelectual infusa, el punto más sublime á que puede llegar el alma durante nuestra vida mortal por esta senda mística, no puede durar más que un pequeño momento, como si de repente se abriera la secretísima puerta del abismo del alma y su luz la inundase é iluminase, y viese ella las cosas todas con tal claridad como si en la propia esencia divina las viera. Y esta visión, aunque pasa, queda esculpida en la memoria y deja tan ilustrada al alma, y con tales deseos de merecer nuevos favores, que la guía y la induce á hacer obras, para merecerlos de nuevo y agradecer los ya recibidos.

Otra excelencia avalora también nuestro misti-

cismo. El esfuerzo poderoso de la voluntad para buscar á Dios en lo más íntimo, en el ápice de la mente, lleva al alma á observar y penetrar sus ocultos senos, como los psicólogos más pacientes y sutiles tal vez no lo hacen: por donde se halla con frecuencia, por propedéutica de la mística, una aguda psicología, un estudio claro del *yo*, con todos sus afectos, facultades y propensiones.

El misticismo, sin embargo, tiene siempre inconvenientes y peligros gravísimos, y en España los tuvo mayores, porque fué mayor que en otros países, viniendo á degenerar y á corromperse pronto, como toda nuestra cultura. Los medios de llegar por él á la perfección son la voluntad y la inteligencia; pero la inteligencia no va lentamente analizando, deduciendo y racionando, sino que, arrebatada por el amor, se remonta á la intuición de un vuelo, y alcanza, ó cree alcanzar, la verdad en el éxtasis y en el raptó. De aquí que cualquiera persona, por simple é ignorante que fuere, podrá aspirar á la unión con Dios, guiada sólo por el afecto fervoroso.

De aquí el abandono de la observación paciente de los fenómenos, la inacción del natural discurso en la tarea de averiguar las causas, la calificación del pensar de *funesta manía*, y el abuso y la perversión de aquella sentencia, tan hermosa si se interpreta y se aplica bien, de que los que no son

simples por naturaleza, deben serlo por gracia.

Otros grandes escollos del misticismo hicieron zozobrar también la nave del ingenio español.

El alma que busca á Dios en su centro debe apartarse y aislarse de los sentidos, borrar las impresiones que por ellos recibe, desnudar la memoria, y hasta despojar de imágenes la interior fantasía, para que la inteligencia pura, en toda su admirable simplicidad, vea á Dios y como que se penetre y confunda con Él. Larga y fatigosa es la vía que tiene que hacer el alma para llegar á este término, si término puede llamarse lo que en realidad no le tiene. Para nuestros místicos ortodoxos, que jamás caen en el panteísmo, no es posible que el alma se transmute en la divina Naturaleza, aunque participe de ella, por donde á los que tan alto grado suben los llaman deiformes ó transformados en Dios. Y en esto, por la intensidad, por la duración, y por la mayor ó menor plenitud de la gracia, de la caridad y demás dones con que la participación se hace, hay grados y excelencias hasta lo infinito, que los místicos, en su sutilísima y profunda ciencia, declaran y clasifican como pueden. De todos modos, aun para llegar al más ínfimo de estos grados, aun para llegar, valiéndonos de las expresiones figuradas de que los místicos se valen, á besar, como la Magdalena, los pies de su Redentor divino, el alma tiene que ha-

cer muy larga peregrinación, durante la cual el amor la conduce; pero el amor puede extraviarla, y aun antes de extraviarla, causarle una enfermedad ó dolencia, si muy sublime, muy peligrosa también, porque el alma, atacada de mal de amores, se ve como pendiente entre la tierra y el cielo; desdeña ya las cosas terrenales, que le dan fastidio, y no logra todavía comprender ni gozar las divinas. Tal situación es de mucho peligro, porque en ella el alma puede fijarse en algún ser creado, y consagrarle toda la adoración que para Dios lleva consigo. Tal vez así se explique el amor refinado y metafísico por la mujer, la idolatría del caballero por su dama y la del poeta por la beldad que inspira sus cantares; lo cual, aunque nos hechice y aunque lisonjee á las mujeres, no es sino aberración y herejía del misticismo legítimo y ortodoxo. Es más; como entre los pueblos antiguos, aunque en todos hubo misticismo, apenas se halla rastro de este amor idólatra á las mujeres, ni tampoco se halla en los primeros siglos de la era cristiana, yo me inclino á pensar que en la creación de este misticismo galante entró por mucho la veneración supersticiosa de celtas y de germanos hacia las mujeres, influida y hermoçada luego por doctrinas católicas. Tal vez el elemento céltico tenga más parte que el germánico en la creación de esta bella y singular herejía, donde la mujer amada es como

diosa para el caballero ó poeta que la sirve, á quien se encomienda de todo corazón, por quien hace penitencia, á quien debe, ó cree deber, la valentía de su ánimo, el esfuerzo de su brazo y las altas inspiraciones de su ingenio; á quien consagra su vida y rinde culto; por quien tiene devoción y verdadera religión, y de quien dice, no por encarecimiento poético, sino con todas veras y con toda la transcendencia de la frase, lo que Calixto de Melibea cuando le pregunta Sempronio si es cristiano: — “Yo melíbico soy, é á Melibea adoro, en Melibea creo, y á Melibea amo.” — Esta mística adoración de la mujer tiene por un lado extraordinarias bellezas, no sólo poéticas, sino morales. Ella inspiró, sin duda,

Al dulce vate de Caliope labio,
El que al amor desnudo en Grecia y Roma,
De un velo candidísimo adornando,
Volvió al regazo de la Urania Venus;

pero, por otra parte, no está bien que de la exaltación apasionada por un ser finito y perecedero se haga fundamento de toda hazaña y de toda obra buena. Así la mujer amada viene á ser como símbolo, alegoría ó personificación visible de la misma Divinidad ó de algunos de sus atributos. La mujer amada es la fuente de la gracia, la dispensadora de la bienaventuranza, la creadora de toda

virtud. "Sus ojos, dice Dante de Beatriz, llueven llamitas de fuego, animadas de un espíritu tan gentil, que crea todo buen pensamiento." Naturalmente, de esta elevación de la pasión humana amorosa, hasta una potencia y un valor divinos, nacen mil ricas ideas; pero también suelen nacer otras altamente perturbadoras é inmorales. La relación entre dos que de tal suerte se aman está por cima, ora lo disimulen unos, ora otros lo dejen entrever, ora otros lo declaren con franqueza, de todo lazo social y religioso. Se diría que un sacramento más alto invalida ó anula el vínculo que la ley civil ha formado y que la religión positiva ha santificado. El amor místico á la mujer no respeta nada. Los prototipos de este amor en la Edad Media, celebrados por todos los trovadores y cantados en todas las lenguas de Europa, fueron Lanzarote y Ginebra, y Tristan é Iseo, llegando, en la última historia amorosa, á ponerse el cielo en contra del marido agraviado y en favor de los malogrados amantes, sobre cuyos unidos sepulcros nace un maravilloso rosal, siempre cubierto de blancas rosas. Y no se diga que en la mayor parte de los casos este amor es tan sin malicia y tan [del espíritu, que no ofende ni mancha. Ciertamente el conde Baltasar Castiglione, en su *Cortesano*, describe este amor con suma elocuencia y filosofía, llamándole amor virtuoso, para distinguirle del amor vicioso; pero,

en gracia de la misma virtud del amor, da anchuras á sus límites, en mi sentir extremadas, llegando á consentir cosas al virtuoso que al vicioso en manera alguna concede, pues afirma que la dama, "por contentar á su servidor en este amor bueno, no solamente puede y debe estar con él muy familiar, riendo y burlando, y tratar con el seso cosas substanciales, diciéndole sus secretos y sus entrañas, y siendo con él tan conversable, que le tome la mano y se la tenga, más aun puede llegar, sin caer en culpa, por este camino de la razón, hasta besalle." Y, para cohonestar tan grato y amplio permiso, trae una singular teoría del beso, suponiéndole de todo punto espiritual en los que andan divinamente enamorados. El razonamiento de Castiglione no me convence, á pesar de aquel testimonio de Platón con que le ilustra y trata de probar que el beso es unión de almas, ya que á Platón se le vino la suya á los dientes una vez que besó á su amiga; pero, aun cuando el razonamiento me convenciera, todavía la adoración galante y sacrílega entre dos seres humanos, aunque tenga más brillante poesía, no la tendrá tan sólida y sana como el afecto natural de la esposa á su esposo, el santo cariño del hombre á la madre de sus hijos, y el respeto que inspira la honrada y virtuosa matrona. Por otra parte, esta idolatría alambicada de la mujer casi siempre se opone á la conveniente y

recta estimación que es justo que de ella se tenga. Donde el misticismo la endiosa en sus fugaces arrobos, las almas, que no todas suelen arrobarse, ó que no están arrobadas de continuo, la menosprecian y denigran. No hay el justo término medio, ni el puesto digno que debe ocupar la noble compañera de nuestra vida, quien no es divinidad, pero no es vil esclava; quien no es *breve cielo*, pero tampoco es *lodo inmundo*. Cornelia, Octavia y Porcia jamás fueron amadas místicamente por sus maridos. El Cid y García del Castañar tampoco aman místicamente á sus mujeres. Por eso son ellas más respetables y simpáticas que la mayor parte de las damas de Calderón, en las que se advierte que el amor que inspiran, cuando no es feroz y salvaje, como en *No hay cosa como callar*, es tan pasado por alambique, que se evapora la verdadera pasión, y sólo quedan en el fondo de la retorta ergotismo escolástico, discreteos y sutilezas.

Otras varias corrupciones ha habido también en el misticismo de España. Tal místico no ha sabido libertarse de la baja sensualidad, y la ha puesto en sus altos amores; tal otro, á fin de tener libre el alma de esta sensualidad, la ha satisfecho como quien se aligera de un peso incómodo para su peregrinación en busca del bien infinito; y tal otro, en vez de amarle todo por amor de Dios, lo ha aborrecido todo: de donde el menosprecio de

cuanto hace grata la vida, apacible y amena la sociedad, y más hermosa, ó si se quiere menos fea, nuestra forma temporal en este globo que habitamos. Fuerza es confesarlo: el desaliño, la zafia rusticidad y el más asqueroso desaseo han sido á menudo prendas de los místicos. Esto ha trascendido al desenvolvimiento total de España, la cual ha descuidado sus intereses, su industria y las artes de lujo y deleite, y ha caído ó ha vivido siempre en pobreza con relación á la material prosperidad de otras naciones.

En el amor de Dios no hay el exclusivismo de donde nace la rivalidad. El místico ama á Dios mientras más señales ve en las criaturas de que por Dios son amadas. Lejos de tener celos, lo que desea es que todas las criaturas le amen y le adoren y alcancen su gracia; pero á veces, de estas finezas del amor á objeto tan soberano proviene en los místicos, y singularmente en los españoles, una pasión deplorable: los celos, en nombre de Dios y por Dios, de toda infidelidad que sus adoradores puedan hacerle; el afán de vengar esta ofensa y de castigar este adulterio que el alma humana extraviada é infiel hace á su Esposo y Redentor divino. De esta suerte, y por espantosa contradicción, en las puras llamas de la caridad suele encenderse el furor de la más cruel intolerancia, y aun llegar á prenderse fuego en las hogueras, en que, renovan-

do el culto de Moloch, hemos quemado vivos á nuestros hermanos.

Por esta levadura de corrupción vino en España á degenerar, en la práctica, el misticismo, hasta parar, á fines del siglo pasado, en el lascivo desenfreno de la beata Dolores, y en el siglo presente en los ridículos y falsos milagros de alguna monja vulgar y trapacera.

El influjo del misticismo en nuestra poesía ha sido grande, si bien no ha dado el misticismo exclusivo asunto á otro género que no sea el lírico. El Sr. Menéndez ha deslindado la diferencia que hay entre la poesía devota, religiosa y ascética, que es abundante en nuestro país, y la puramente mística, que es poca.

Esta ha florecido, en los siglos medios, entre los judíos de España, sin librarse casi nunca de la nota de panteísmo, pero elevándose á la mayor sublimidad, como en Ibn Gebirol, por ejemplo.

Extraño es que entre los mahometanos españoles no se hayan encontrado aún ni rasgos de misticismo en verso, siendo, como son, tan místicos Ibn Tofail y algunos otros filósofos y prosistas.

En cuanto á nuestra poesía mística cristiana, ya el Sr. Menéndez ha hecho de ella interesante historia en su bello discurso. ¿Qué podré yo añadir?

Casi todos nuestros poetas, y muy especialmente en los siglos XVI y XVII, edad de oro de nuestra li-

teratura, han escrito rimas sacras, romances á lo divino, canciones, glosas, letrillas, villancicos y otras clases de versos devotos. Los cancioneros y romanceros espirituales contienen preciosas joyas; pero en ellas no hay, por lo general, misticismo. Sin embargo, el influjo del misticismo se revela allí con frecuencia en cierta santa familiaridad y en cierta intimidad entrañable con las cosas divinas, como de personas que las aman, que de continuo las tratan y que las llevan muy arraigadas en el corazón. De aquí que á veces, no en los versos pulidos y artificiosos, no en los escritos por el estilo más elevado, sino en las letrillas más villanescas y en los romancillos pastoriles, entre el candor y la sencillez de la frase, y á través de la rústica y casi infantil naturalidad de imágenes y pensamientos, se note dulce sabor como de bienaventuranza, crea respirar el alma y hasta inundarse en ambiente del cielo, y columbre súbitas iluminaciones de algo á modo de ciencia infusa, con arranques maravillosos que la transportan á lo más encumbrado del pensar y á lo más hondo del sentir. Tales efectos no pueden menos de producirse hasta en la mente de sujetos descreídos, si estos sujetos entienden y saben penetrar la poesía, al leer el romancillo de Lope, que empieza:

Estábase el alma
Al pie de la sierra

Del humano engaño
Perdida y contenta;
la canción que tiene por estribillo

Cantad, ruiñeños,
A la alborada,
porque viene el Esposo
de ver al alma;

y muchas composiciones más que pudiéramos citar de Damián de Vegas, de Fr. Ambrosio Montésino, de Valdivielso, de Gregorio Silvestre, de Luis de Ribera y de otros.

Tampoco Fr. Luis de León, aunque siempre religioso, es poeta místico sino por momentos. Su inteligencia se extendía sobre todos los seres, y su lira tenía todos los tonos. El sentimiento de la naturaleza era en él muy vivo. Su hermosura le enamoraba, y en ella buscaba á Dios como si ella fuera el espejo en que Dios se mira y el inmenso hieroglífico donde se revelan los misterios de su bondad y de su poder para el que sabe leer. Así es que Fr. Luis busca á Dios por efusión del alma en lo creado; rara vez le busca por introversión, hundiéndose en su centro. La más propia inspiración de Fr. Luis se cifra en el título de una de sus odas, que dice: *En loor y honra de Dios, Nuestro Señor, tomando ocasión de las criaturas.*

¡Ay orbes celestiales,
Cuán bien me da á entender vuestra figura

Los rayos divinales,
La gloria y hermosura
Que tiene el gran pintor de esta pintura!

En Fr. Luis hay mucho de objetivo, para ser místico; más bien es teósofo. Es asimismo un vate asceta y penitente; pero en su penitencia, en su mortificación halla una paz santa y sublime, una tranquilidad digna sólo del sabio, y un noble y fecundo reposo, que hacen el principal hechizo de sus versos:

No busca los favores,
Que al ambicioso traen desvelado
En casa de señores,
Mas ántes retirado
Goza su suerte y su feliz estado.

No tiene desconsuelo,
Ni puede entristecerle cosa alguna,
Porque es Dios su consuelo;
Ni la vária fortuna
Con su mudable rueda le importuna.

La casa y celda estrecha
Alcázar le parece torreado,
La túnica deshecha
Vestido recamado,
Y el duro suelo lecho delicado.

El cilicio, tejido
De punzadoras cerdas de animales,

Que al cuerpo trae ceñido,
 Aparta de él los males
 Que causa el ciego amor á los mortales.

La disciplina dura
 De retorcido alambre le da gusto,
 Pues cura la locura
 Del estragado gusto,
 Que huye á rienda suelta de lo justo.

Por lo demás, mezclada siempre con el ascetismo cristiano y con el vivo sentimiento amoroso por la Naturaleza, reluce en Fr. Luis la plácida serenidad del sabio antiguo, algo de la soberbia independencia del estoicismo gentílico, si bien templado por la mansedumbre cristiana:

Dichoso el que jamás ni ley, ni fuero,
 Ni el alto tribunal, ni las ciudades,
 Ni conoció del mundo el trato fiero;
 Que por las inocentes soledades
 Recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
 Y el ánimo enriquece con verdades.

Cuando la luz el aire y tierras baña,
 Levanta al puro sol las manos puras,
 Sin que se las aplomen odio y saña.
 Sus noches son sabrosas y seguras;
 La mesa le bastece alegremente
 El campo, que no rompe rejas duras.

Lo justo le acompaña y la luciente
 Verdad, la sencillez en pechos de oro,
 La fe no colorada falsamente.

De ricas esperanzas almo coro
 Y paz con su descuido le rodean,
 Y el gozo cuyos ojos huye el lloro.

En muchas ocasiones tal vez se trasluce algo del misticismo; pero, ya mezclado con la moderación en los deseos propios del sabio antiguo, ya con el orgullo noble del filósofo; por manera que no se acierta á distinguir bien cuáles han sido las verdaderas fuentes de su inspiración, ó si todas ellas han mezclado sus raudales y han entrado con ímpetu y de consuno en el corazón del poeta para dar ser á sus mejores estrofas. Así, por ejemplo, cuando dice al tirano que le amenaza con hierro y fuego, tal vez á la Inquisición, que le perseguía:

¿Qué estás? ¿No ves el pecho
 Desnudo, flaco, abierto? No te cabe
 En puño tan estrecho
 El corazón que sabe
 Cerrar cielos y tierra con su llave.

Y como ejemplo de moderación:

Quien de dos claros ojos
 Y de un cabello de oro se enamora,
 Compra con mil enojos
 Una menguada hora,
 Un gozo breve, que sin fin se llora.

Dichoso el que se mide,
 Felipe, y de la vida el gozo bueno

A sí solo se pide,
Y mira como ajeno
Aquello que no está dentro en su seno.

Sin embargo, si hemos de creer al P. Fr. Juan Bautista Lisaca, una composición en redondillas, titulada *Estímulo del Divino Amor*, es obra de Fray Luis, y, en este caso, Fr. Luis ha escrito algo completamente místico. El crítico que en 1782 publicó la segunda edición de los *Grados del amor de Dios*, del citado Lisaca, donde el *Estímulo* va incluido, halla en esta composición algunas puerilidades, y, aunque sólida doctrina, un modo de verterla zonzoso, frío y cansado; pero, á mi ver, se deja arrastrar de las preocupaciones literarias de su época al formar tan duro juicio. El *Estímulo* tiene mérito, sea ó no de Fr. Luis, y quizá en los defectos que el crítico nota estriben sus mayores bellezas, porque lo natural y espontáneo del estilo hacen resaltar la grandeza del asunto. No puede negarse, por eso, que el prosaísmo y la sequedad deslucen hartos aciertos y primores, y afean en parte el *Estímulo*, así como afean los muchísimos versos con que el P. Lisaca adorna sus *Grados del amor de Dios*, lo cual consiste, en mi sentir, en que aquellos poetas iban ceñidos á la ciencia por el miedo de extraviarse, definiendo y explicando con rigor dialéctico, encadenada y medrosa la imaginación, abatido el vuelo del entusiasmo, y sus alas oprimi-

midas por la pesadumbre de doctrinas minuciosamente determinadas ya, y de que no era lícito apartarse. ¿Qué atrevimientos dichosos no hubieran tenido, á qué esferas no se hubieran elevado nuestros místicos, exentos de este temor? Aun así, no pocos, sobre todo en el siglo xvi, tuvieron dichosos atrevimientos, y alcanzaron peregrina originalidad en verso y prosa. Entre todos, y concretándonos al verso, descuella el amigo de la admirable Doctora Santa Teresa, su predilecto hijo espiritual, San Juan de la Cruz, dechado de perfección en este género. Toda la mística teológica está cifrada en los versos de este divino poeta; y aunque el Sr. Menéndez haya dicho bastante de él, puede añadirse muchísimo más, y algo añadiré yo, seguro de que asunto tan extenso, tan grave y tan alto, no se agota, ni puede cansar, como no sea por la impericia pecadora del que en esta ocasión le trata y expone.

Si hubiéramos de juzgar sólo los versos de San Juan de la Cruz por su sentido literal y por la belleza de la forma, pronto estaría acabada nuestra tarea. Los versos son bellísimos hasta por su sencillez, y los mejores, á modo de idilio ó égloga, donde el Esposo y la Esposa, enamorados ambos, entienden y hablan dulcemente de sus amores; pero bajo la corteza de esta linda alegoría, donde pone el poeta todas las galas de la poesía oriental,

y hermosos cuadros y pinturas de la vida campes- tre, hay un profundísimo sentido, que el santo desentraña y explica con elocuencia inimitable en los tres divinos comentarios, que llevan por título: *Noche oscura del alma*, *Declaración del cántico espiritual* y *Llama de amor viva*.

A fin de entenderlo bien, es menester haberlo sentido y experimentado, porque es psicología experimental, si bien tan alta, que se eleva y trasciende á la metafísica ó ciencia primera más sublime y tenebrosa, porque ciega y crea tinieblas la opulencia de su luz, cuyas verdades, aunque logre el alma percibir las, no hay lengua humana, por elocuente que sea, que atine á expresarlas con la debida claridad.

Toda la ciencia y todo el arte de la mística se resumen y contienen, como dice el doctor seráfico San Buenaventura, en estos tres puntos: ¿Quién soy yo? ¿Quién es Dios? ¿Cómo Dios y yo seremos una misma cosa? Implica lo primero el conocimiento de sí mismo. Lo segundo, un estudio teológico del Ser Supremo, á quien no conocemos bien por la razón y debemos verle en la obscuridad de la fe. Y lo tercero se logra sólo después de la contemplación sobreesencial, alzándose el alma, abstraída de toda imágen y de toda idea que no sea de Dios mismo, por cima de su propia esencia creada, y subiendo hasta el ser increado del alma,

que es su centro. *El centro del alma Dios es*, dice el santo. Sólo la mente introversa, la inteligencia desnuda y reconcentrada en lo más hondo, en el abismo, en las entrañas del espíritu, puede llegar hasta Dios y sentir allí como su respiración. Siente el alma la respiración de Dios, y por eso dice la canción *en tu aspirar sabroso*: punto en el cual el santo abandona ya el comento, exclamando con el bello candor de su estilo: *Veo claro que no lo tengo de saber decir, y parecería menos si lo dijese*.

Antes de subir á esta contemplación extática, hay, según hemos indicado varias veces, una prolija y penosa peregrinación que hacer, cuyo itinerario y trámites traza el santo en su precioso libro, titulado *Subida del monte Carmelo*; lo cual es llegar á un término en que la voluntad esté entera con Dios, y prescindir hasta de la devoción sensible, y se halle en recogimiento interior y en desnudez espiritual completa. Se da entonces una abismal nesciencia, que llama el poeta *noche oscura*. En ella quedan vacías del todo

Las profundas cavernas del sentido;

esto es, del sentido íntimo del espíritu, lo cual significa que en el entendimiento no queda ciencia, sino fe; ni en la memoria, recuerdo, sino esperanza; ni en la voluntad, afecto alguno humano, sino caridad pura. De aquí un vacío inmenso, unas ca-